



LA SEMANA SANTA.



OMO una fantasmagoría lejana, recordamos, los de la actual generación, aquella Semana Santa de nuestros padres, con sus granaderos con arma á la funerala, sus procesiones solemnes, sus puestos de agua fresca en las esquinas y el rumor de millares de pisadas en el pavimento de las calles.

En aquellos tiempos, los colegiales estrenaban trages; el vestido negro era de rigor, los padres de familia con su levita nueva, su sombrero de seda flamante, guiaban á su prole por el centro de las calles, pues las aceras estaban invadidas; y mamás y niñas ostentaban la clásica mantilla.

Las iglesias cubrían, como ahora, sus altares, y solo se destacaban brillantes de luces, despidiendo mil perfumes, deslumbrando con sus adornos de plata, los *monumentos*. Todavía existe más de una se-

ñora respetable, á quien se le hace agua la boca, describiendo á sus nietos los *monumentos* de San Francisco, de la Profesa, la procesion del Santo Entierro y la entrega del llavin al Presidente de la República el Juéves Santo.

Los puestos de agua fresca eran invadidos, como hoy los cafés, y



el ruido infernal de las matracas aturdia, desde el hogar hasta la calle, desde la torre hasta la plazuela.

Los coches permanecían en sus cocheras y los caballos descansaban. Todo el mundo iba á pié. Pero esta costumbre fué, segun creo, malamente tomada como un acto de devocion, y tengo para mí, que

más bien se debia á una prevision de policia para impedir accidentes en las calles, vista la aglomeracion de paseantes que por todas partes circulaba.

En la noche las iglesias eran focos reverberantes de luz, y el polvo que levantaba la multitud, del pavimento, era sofocante.

Venia luego el Viérnes Santo; los *monumentos* habian desaparecido, se celebraban las tres horas al medio dia y el *pésame* más tarde, y el ruido de los tambores del ejército, á la sordina, hacian lúgubre la noche, á pesar del gentío y del bullicio.

¡Cuánto uniforme nuevo y flamante, cuánta muchacha bonita con calzado nuevo y airoso talle, cuánto gozo infantil con las empanadas de vigilia, habia en aquel entónces!

Y no siempre pasaron tranquilos y serenos en nuestra capital aquellos dias. Los viejos aún recuerdan aquel Juéves Santo en que entró á México aturrido el ejército "libertador" que acababa de derrocar el trono de Iturbide, en medio de la angustia general y de la incertidumbre del mañana, miéntras el Congreso Constituyente



se reunía, á pesar de la santidad del día, en la ex-iglesia de San Pedro y San Pablo, donde celebraba sus sesiones.

Otro Juéves Santo un incendio y un huracan alarmaron á la ciudad; y allá por los años de 1851, y en un cuarto del Hotel de la Gran Sociedad, era asesinado D. Juan de Dios Cañedo que tanto habia figurado en la política.

Pero nada igualó á la Semana Santa de 1857. Se acababa de promulgar la Constitucion, los partidos estaban en lucha abierta, y



como aún no se separaban la Iglesia y el Estado, y el presidente Comofort no estaba en la Capital, el gobernador del Distrito, D. Juan José Baz, se presentó con el Ayuntamiento, bajo mazas, á recibir el *llavin*. Los canónigos se negaron rotundamente á recibirlo, porque para ellos era un escándalo la presen-

cia en el templo del que á los 26 años habia pedido en los *meetings* la exclaustacion, y la nacionalizacion de los bienes del clero, y del que habia sido gobernador con Gómez Farías y habia promulgado la ley votada por el Congreso de 1847 para quitar al clero veinte millones, con objeto de atender á la defensa de su patria invadida por los yankees; pero más que nada, porque aquel gobernador era uno de los liberales más exaltados y enérgicos que se oponían en aquellos momentos frente á frente del clero.

El desaire á la potestad civil fué enorme, Gobernador y Ayunta-

miento tuvieron que retirarse; pero el primero para montar á caballo, hacer abrir las puertas de la Catedral y recorrer en medio de una multitud agitada por diversas y violentísimas pasiones, la Plaza y las principales calles.

Entretanto los canónigos permanecian encastillados en el coro, los curiosos entraban y salian de la iglesia, atravesando las filas de bayonetas que la cercaban, y las beatañ vociferaban bajo las augustas naves, donde repercutian los mueras á los herejes y á la Constitucion.

Aquello fué, sin embargo, una tempestad en un vaso de agua y no llegó la sangre al rio. La autoridad mantuvo el orden, los *monumentos* fueron visitados como antaño, en la noche, y los alborotadores se fueron á acostar, rendidos por tanta carrera y tanto grito como dieron en el templo del Señor.

El vulgo y el espíritu de partido inventaron despues que el gobernador habia entrado á caballo á la Iglesia Catedral, y un escritor de buena raza y que sabia manejar admirablemente la lengua castellana, endosó á la primera autoridad política del Distrito una letrilla llena de sal ática, llamada: "*La batalla del Juéves Santo*."

Hé aquí algunas de sus estrofas:

"Camisa nácar con vuelo,
chaqueton hasta el fundillo,
la corbata con anillo,
revuelto el dorado pelo,
con la espada hiriendo el suelo,
de calzonera y botin,
sombrero á la espadachin,

bigote y pálida faz
 ¿Quién es? Es Juan José Baz,
 es Monseñor el Delfín.

.....

¡A un príncipe tan preclaro
 no dar la llave esta vez!
 ¡voto al demonio! que este es
 un *casus belli* muy claro.
 ¡Ea, súbditos, dadme amparo,
 guerra contra el Senebrin,
 que se encienda el estopin,
 nadie en los cuarteles quede,
 ahora verán lo que puede
 un demócrata Delfín!

Los mineros,
 los bomberos,
 zapadores,
 minadores,
 nacionales,
 vireinales,
 todo el mundo venga acá.

Con cañones,
 mosquetones,
 con obuses
 y arcabuces,
 proyectiles
 y fusiles,
 circunden á Catedral.

Un piquete
 aquí se mete,
 otro corre
 hácia la torre,
 De armaduras
 las alturas,
 por doquier se ven brillar,

Y las beatas
 timoratas,
 los chicuclos
 con sus duelos,
 los que arguyen
 y los que huyen,
 rumor hacen infernal.

.....

Fija cual buen general,
 su primera paralela
 en medio de la plazuela,
 para sitiar Catedral.
 El, en un punto central,
 dirige al coro visuales,
 para que de los ciriales
 los juegos bien combinados,
 queden al punto apagados
 por sus fuegos trasversales.

Contra un rojo monacillo
 una pieza diestro aboca,
 en tanto que otra coloca

frente del Empedradillo,
 Infatigable caudillo
 asesta una batería,
 para enfilar la cruzía
 y ordena que á los blandones
 (que son hombres de calzones)
 cargue la caballería.

Previene que haya desmocha
 si resisten sin empacho
 el Señor del Buen Despacho
 ó el Santo niño de Atocha,
 Una culebrina mocha
 apunta á San Valentin,
 un obús á San Martin,
 y diez pistolas de muelles
 á los pobres Santos Reyes,
 bisabuelos del Delfin.

Así dispuesto el ataque,
 á su troton arremete,
 y sin que nadie le aplaque
 á la sacristía se mete.
 No halla gentes de bonete
 que son para él los titanes;
 no obstante, sigue sus planes,
 y ántes que débil rendirse,
 fiero se le ve batirse
 con inermes sacristanes.

Pero ya pasaron aquellas pasiones, de las que solo quedan esas estrofas ménos amargas y ménos justas que las coplas de *Mingo-Revulgo*. ¡Y pasaron tambien los esplendores de la Semana Santa!

Ya no hay procesiones. La reforma acabó con ellas; las costumbres han variado mucho; pero los *monumentos* siguen siendo lujosos, las mamás y niñas casaderas siguen estrenando trages, los papás mandan *planchar* sus sombreros altos, y los carruajes recorren libremente las calles y plazuelas.

Las empanadas y las aguas frescas han encontrado un competidor terrible en los helados napolitanos y en las cenas de la Concordia; y de rigor es, despues de pasear por el Zócalo á los acordes de una música militar, ir á cenar al Restaurant-café-nevería de Omarini, en donde de las 11 de la noche á la 1 de la madrugada, se forma un barullo insoportable.



Familias hay que no van más que esos días á la Concordia, y los soñolientos criados que en todo el resto del año saben de antemano los parroquianos que han de asistir, el Juéves y Viérnes Santo, corren, brincan, se enronquecen y ven más caras nuevas que en el resto de todo el calendario.

Por supuesto que el *menu* es igual al de todos los días, el mismo impreso en tiras largas como listas de lavandera, por Diaz de Leon, y con sus sendas y garrafales faltas de ortografía. Las indigestiones que de allí salen, solo Dios y los boticarios lo saben.

Así han mudado las costumbres, y hoy, para recordar algo de las de antaño, es preciso ir á alguno de los pueblos de los alrededores, sobre todo si alguna autoridad complaciente se hace de la vista gorda en aquellos días.

Allí se representa la pasión á lo vivo; Cristo es azotado y crucificado



en la persona de un pacífico indio, y los sayones lo guardan fieros y vestidos de fantasía. El fresco *tlamapa* consuela al infeliz á quien le toca sufrir las penas del Calvario, y las turgentes amapolas y las flores del campo, perfuman el modesto templo de la aldea, en vez del aristocrático incienso de las catedrales.

Esta representacion que recuerda los *misterios* de la edad média, suele hacerse en la vía pública, cuando la autoridad contrae una miopía de ocasion; pero siempre tiene lugar cuando ménos, en el modesto átrio cubierto de silvestre césped y salpicado de ignoradas tumbas.

.....
Llega por fin el Sábado de Gloria. Desde muy temprano, frente á las tocinerías, están colgados los *judas*, los pilluelos del barrio se hacen remolino, las niñeras cubren los balcones, y cuando las esquilas de los templos se echan á vuelo, y miéntras el órgano majestuoso anuncia á los fieles la *resurreccion*, los pobres *judas*, rodeados de atronadores cohetes, estallan haciendo grotescas contorsiones, los perros aullan y corren asustados, los muchachos se disputan los girones de las efigies del mal apóstol, y un olor de pólvora vulgar in-

vade la atmósfera, por la cual sube el humo de aquel *auto de fe* inofensivo. Antes á esa hora salian los carros con sus mulas enjaezadas, y cesaba la huelga de los coches. La ciudad tomaba su aspecto habitual.

Habia comenzado la Pascua florida, en la que, como dice el Dr. Fausto en el poema de Goethe, "*parece que cada hombre celebra su propia resurreccion.*"

